

El poeta y el mar

>Kristian Antonio Cerino*

16
Cinzontle

En la poesía tabasqueña el mar es una constante para describir los escenarios sobre el amor. El poeta ha usado al mar, así como ríos y barcas, para expresar emociones en los últimos ochenta años. Desde la poesía modernista y vanguardista, y hasta la contemporánea, en el siglo XX, los poetas han explotado la imagen de la naturaleza para sus fines y la han dominado en sus poemas como no sucede en la narrativa de Tabasco y de América Latina.

Los poetas han vencido a la mar y a los ríos, empleando barcas poéticas, para decirles a los lectores que la poesía puede convivir con la naturaleza, una naturaleza que en la realidad ha devorado a pescadores, ha inundado barcos y casas y ha impedido la construcción de grandes puertos. Nadie podría ocultar que a los dos puertos de Tabasco, un estado rodeado por la costa y por nueve ríos, sólo llegan barcos de menor calado, y cuando aparece un crucero frente a los muelles el gobernador le hace una gran fiesta, episodio que se repite cada veinte años.

En *Naufragios*, una crónica de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca —escrita en 1527— el autor describe cómo los españoles sufrieron para poder dominar a la naturaleza porque no pudieron someter al mar, menos los

caminos inhóspitos de América en su paso por la Florida.

Así lo narra Cabeza de Vaca: “aquella noche llegamos, el cual era muy hondo y muy ancho y la corriente muy recia, y por no atrevernos a pasar en balsas hicimos una canoa para ello, y estuvimos en pasarlo un día. Uno de caballo que se decía Juan Velázquez, natural de Cuéllar, por no esperar entró en el río y la corriente, como era recia, lo derribó del caballo y se asió a las riendas y ahogó a sí y al caballo”.

En la clase de Literatura Latinoamericana que imparte Ignacio Padilla, autor de *Espiral de artillería*, hemos leído las dificultades que han padecido diferentes personajes como Larsen y Maqroll, en Mutis y Onetti, para dominar al mar. Existe un grave problema en América Latina para convivir, incluso, con la lluvia, la tormenta, la isla y el pantano:

“La naturaleza es sólo la enemiga que traga, destruye voluntades, rebaja dignidades y conduce al aniquilamiento. Ella es la protagonista, no los hombres eternamente aplastados por su fuerza”, dice Carlos Fuentes en el ensayo *La nueva novela hispanoamericana*.

A través de los poetas Carlos Pellicer Cámara, José Carlos Becerra y José Gorostiza, tres de los más em-

blemáticos de la lírica tabasqueña, presento un panorama de la poesía pelágica, de cómo usaron el mar para sus escenarios de amor, retos, deseos o como el simple pretexto de rendirle un tributo al mar y a los barcos.

LA NATURALEZA DE PELLICER

Carlos Pellicer Cámara (1899–1977) es conocido como “el poeta viajero”. En su poesía hallamos el mar, el viento, el sol y los riachuelos, y en ocasiones se erige como un Dios para dominar a la naturaleza y ordenarle que ésta cambie de sitio.

En sus más de veinte poemarios, Pellicer —nacido en Villahermosa y frente al río Grijalva— se muestra apasionado por la naturaleza que al menos en la poesía sí puede ser domesticable. Aquí un ejemplo cuando Pellicer escribió el poema Estudio:

Jugaré con las casas de Curazao,
pondré el mar a la izquierda
y haré más puentes movedizos
¡Lo que diga el poeta!
haremos velas para los botes
que no van a ninguna parte.

El poeta que escribió: “Agua de Tabasco vengo, agua de Tabasco voy”, realizó un sinnúmero de viajes por

* Profesor de Periodismo y Literatura en la DAEA UJAT. Periodista y corresponsal de diversos medios impresos y digitales.



En los límites de Frontera

América Latina. Primero conoció el sur de México a través de sus costas y después se aventuró conociendo Colombia en 1918. Frente a los ríos y playas de Tabasco, el llamado “poeta de América”, escribió que los afluentes suelen ser mansos como los perros, así lo hizo en un verso libre que tituló *Un paisaje hecho poema*:

El río allá es un niño y aquí un hombre
que negras hojas junta en un remanso.
Todo mundo le llama por su nombre
y le pasa la mano como a un perro manso.

Carlos Pellicer no sólo escribió poemas, sino cartas. La mayoría de las cartas —escritas en sus viajes— fueron publicadas tiempo después por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. El libro *Correo familiar* se agotó por el interés que despertó Pellicer con sus misivas.

Gabriel Zaid, ensayista mexicano, publicó el artículo “Los años de aprendizaje de Carlos Pellicer” en la revista *Letras Libres*. Ahí el crítico señala que Pellicer es “un poeta de vanguardia y modernista”.

Además, Zaid describe sus viajes y sus gustos por el trópico. En *Sonetos nocturnos*, Pellicer se asume nostálgico para decirnos cómo el mar también nos puede entristecer, sobre todo cuando “algo” se escapa de las manos del poeta:

Esta barca sin remos es la mía.
Al viento, al viento, al viento solamente
le ha entregado su rumbo, su indolente
desolación de estéril lejanía.
Todo ha perdido ya su jerarquía.

Estoy lleno de nada y bajo el puente
tan sólo el lodazal, la malviviente
ruina del agua y de su platería.
Todos se van o vienen. Yo me quedo
a lo que dé el perder valor y miedo.

¡Al viento, al viento, a lo que el viento
[quiera!
Un mar sin honra y sin piratería,
excelsitudes de un azul cualquiera
y esta barca sin remos que es la mía.

Zaid cuenta que Pellicer junto a José Vasconcelos recorrió Sudamérica en 1921, donde “sus grandes vuelos fueron poéticos”, viajes que realizó en barcos saliendo de

Tabasco o de Veracruz. En una de tantas travesías Pellicer escribió *El viaje*:

Amaneció en el río y lo crucé desnudo
Claman el viento, el sol y el mar del
[viaje.

Yo devoro mis propios corazones
y juego con los ojos del paisaje.

Los poetas que conocieron a Pellicer sabían que los temas que más le apasionaban eran lo relacionados con la naturaleza. Un día Pellicer dijo que estaba escribiendo un poema de cinco hectáreas, entonces se refería a la construcción del parque museo La Venta —en Villahermosa—, recinto usado para la exposición de las piezas arqueológicas de la cultura Olmeca. Según las crónicas periodísticas la idea del museo fue de Pellicer. Cuando publicó *Esto soy*, el poema fue recibido con beneplácito, un poema que sigue hablando del trópico, de lo que naturalmente le representaba Tabasco:

Nací de olmecas y mayas
y gente española de la montaña y el
[mar
Soy más agua que tierra
y más fuego que cielo.
Navega en mi sangre
lo más antiguo de México.
Amo más el agua que la tierra
porque ella duplica el cielo.
El jaguar y la serpiente me conocen.
En la piel de uno
el jeroglífico del otro
inscribo. La iguana y yo somos
[hermanos verdes.

Su emoción ante la naturaleza aumentó con *Deseos*, otro poema tropical:

¿Trópico, para qué me diste
las manos llenas de color?
Déjame un solo instante
dejar de ser grito y color.
Déjame un solo instante
cambiar el clima del corazón,
beber la penumbra de una casa desierta

inclinarme en silencio sobre un remoto
 [balcón,
 abandonarme en el manto de pliegues
 [finos,
 dispersarme en la orilla de una suave
 [devoción,
 acariciar dulcemente las cabelleras
 [lacias
 y escribir con un lápiz muy fino mi
 [meditación.

Octavio Paz, Premio Nobel de Literatura, solía decir que Pellicer “nos enseñó a mirar el mundo con otros ojos y al hacerlo modificó la poesía mexicana”. Sin embargo, Pellicer respondía con cierta modestia y sostenía “no tengo tiempo de mirar las cosas como yo deseo”.

El escritor tabasqueño Jorge Priego —estudioso de la vida de Pellicer— dice que el poeta transformó a la poesía mexicana por el uso de elementos como el aire, la tierra, el fuego y agua. En “Nocturno” como en “Recinto”, sugiere Priego, aparecen los componentes de la poesía pelliceriana:

Noche. Mar de silencio. Van las
 [meditaciones
 desenrollando lentas sus claras
 [devociones.
 El faro del espíritu clarea esas ondas
 [suaves
 que van ampliando el círculo de sus
 [evoluciones
 para regir el curso sereno de las naves.
 Oh, persona sedienta que del brote
 de una mirada suspendiste
 el aire del poema,
 la música riachuelo que te ciñe
 del fino torso a los serenos ojos
 para robarse el fuego de tu cuerpo
 y entibiar las rodillas del remanso.

Pellicer, autor de *Horas de junio*, murió en 1977 cuando era Senador por Tabasco. Se dicen muchas cosas sobre su muerte, pero la gente que lo conoció asegura que sus males comenzaron por el agua sucia que le daban a beber en las comunidades rurales e indígenas en su cam-

paña para ir al Senado. En Pellicer (todo un Dios para los tabasqueños), los escenarios marítimos o fluviales, son una constante: “tu cuerpo es lo desnudo que hay en mí, toda el agua que va rumbo a tus cantaros”.

LAS BARCAS Y MUELLES DE BECERRA

José Carlos Becerra es otro poeta tabasqueño amante del mar y de sus barcas. Sólo vivió 34 años y dejó de escribir cuando su vehículo en el que viajaba se salió de la carretera en Brindisi, Italia. Prometía una carrera ascendente, de acuerdo con los poetas mexicanos, para consolidarse en las letras mexicanas. Sin embargo, sólo escribió un par de poemarios que después compilaron en un libro titulado *El otoño recorre las islas*.

Relación de los hechos es el primer trabajo poético que mereció el reconocimiento de la crítica. A través de los ojos de Becerra —un viajero como Pellicer— uno (lector) conoció el mar, el amor y la poesía. En “Blues” dijo que él “navegaba (por) la mar por un rumbo desconocido para (sus) manos”.

En la poesía de Becerra (1936–1970) aparecen las estaciones del año, el mar, las barcas, las islas y el amor:

En tus ojos hay barcas amarradas,
 pero yo no habré de soltarlas
 en tu pecho hubo tardes que al final del
 [verano
 todavía miré encenderse.

El uso del mar en Becerra está ligado con los silencios y con la tristeza que suele percibirse en la costa, bajo una perspicaz lluvia que no deja en ningún momento de joder. Así lo retrata en *Relación de los hechos*:

Esta vez el barco navegaba en silencio
 las espumas parecían orillar a un

[corazón desgarrado por los
 hábitos de la noche.
 Sólo hablábamos debajo de la sal,
 en las últimas consideraciones de la
 [estación lluviosa, en la
 espesa humedad de la madera.
 También el mar volvía, volvía el
 [amanecer con su cabeza
 incendiada.

Esta vez volvíamos,
 el amanecer te daba en la cara como la
 [expresión más viva de ti misma,
 tus cabellos llevaban la brisa
 el puerto era una flor cortada en
 [nuestras manos.

No obstante, Becerra también habla de la desgracia que provoca el mar cuando el monstruo o lo inesperado te traga y sólo devuelve tu cuerpo por piedad o porque así lo quiso el destino. En su poema “El ahogado” —que primero fue cuento—, Becerra dibuja el infortunio:

en el muelle los curiosos
 miraban ese bulto
 donde los ojos de todos esperaban
 el pasadizo extraviado del cuerpo
 la marea lo estaba metiendo debajo
 del muelle.

De Becerra sólo agregaríamos lo que Octavio Paz le escribió en una carta, que a la edad de Becerra y comparándola con la suya —cuando hizo sus primeros poemas— lo llenaba de mucha “vergüenza”. El propio Paz reconocía la calidad poética del joven Becerra. La carta aparece al final del libro *El otoño recorre las islas*.

En la poesía de Becerra aparecen, además, las murallas que fueron levantadas en Campeche y Veracruz para evitar la incursión de los piratas. Pudo haber escrito más sobre el mar y las barcas y sorprender más a sus lectores y a otros poetas, pero un cable publicado en el diario Excelsior les dio la sorpresa final: “el arquitecto mexicano Carlos Becerra murió en un accidente carretero”.



Escalera del Arte

LA SAL DE GOROSTIZA

José Gorostiza fue un tabasqueño multicitado en los ensayos sobre la muerte. Escribió *Muerte sin fin*, pero antes había publicado un poemario dedicado al mar llamado *Canciones para cantar en las barcas* (1925), obra que enmarca su adicción a los escenarios marítimos. El poemario comienza con (una) Oración:

La barca morena de un pescador,
cansada de bogar,
sobre la playa se puso a rezar:
¡Hazme, Señor,
un puerto en las orillas del mar!

Otros poetas tabasqueños han dicho que “el viejo muelle, triste y podrido, tiene sus piernas dentro del río”. Para Gorostiza el mar es la misma sangre que recorre las venas

del poeta, el mar que es la materia prima para pensar y escribir:

¡El mar, el mar!
Dentro de mí lo siento.
Ya solo de pensar
en él, tan mío,
tiene un sabor de sal mi pensamiento.

Si bien en el mar se han desarrollado grandes batallas, en la poesía de Gorostiza el mar es el camastro para el desahogo poético y para la esperanza, como en su “Elegía”:

A veces me dan ganas de llorar,
pero las suple el mar.

Para él, el faro es “rubio pastor de barcas pescadoras” y en la tarde “ruedan las olas frágiles de los atardeceres como limpias canciones de mujeres”.

A diferencia de Pellicer y Becerra que hacen un dominio del mar y sus alrededores, en Gorostiza es el pretexto perfecto para llenar la playa de una arena melancólica.

En “¿Quién me compra una naranja?” Gorostiza vuelve a la sal como el elemento que daría sabor a su poesía de principio del siglo XX:

La sal del mar en los labios,
¡ay de mí!
la sal del mar en las venas
y en los labios recogí.

Durante su infancia en Tabasco estuvo cerca del mar, de los ríos, de las barcas, pero murió lejos de su agua y de su tierra. El llamado “poeta de la inteligencia” siguió escribiendo hasta 1973 cuando la muerte le “asechó el hombro” como escribió en *Muerte sin fin*.

Los 3 grandes poetas tabasqueños, Pellicer, Becerra y Gorostiza, encontraron en el mar el teatro para la escenificación de su poética. Creyeron en el infinito mar y desde ahí se proyectaron con miras de alcanzar la perpetuidad. Y siguen remando.